

ARTICULO NECROLOGICO DEL SEÑOR J. C. MUTIS⁽¹⁾

*Finis vitae nobis luctuosus, patriae tristis, extraneis
etiam ignotisque non sine cura fuit.*

TACIT., in *Vit. Agricol*, c. 34.

El día 11² de septiembre de 1808 murió en esta capital el doctor don José Celestino Mutis. ¡Qué pérdida para las ciencias, para la Patria y para la virtud! Su familia, en el seno de la desolación y del dolor, ha recogido rápidamente algunos hechos de su vida, que va a presentar al público, reservándose el derecho de formar su elogio histórico para cuando hayan calmado el sentimiento y las lágrimas.

Este hombre grande nació en Cádiz el 6 de abril de 1732, de unos padres honrados y virtuosos. Apenas salió de la infancia manifestó su inclinación por el retiro y por los libros. Sus progresos fueron rápidos en el estudio de las humanidades, de la filosofía, y aun de la Sagrada Teología. Su gusto por la medicina le hizo tomar la beca en el real Colegio de San Fernando de aquella ciudad. Aquí cursó la anatomía, la cirugía y la medicina práctica, y pasó a Sevilla a completar sus conocimientos, y allí recibió los grados correspondientes. En 1757 se estableció en Madrid, y regentó la cátedra de anatomía por Araújo. En esta época la Corte meditaba mandar a París, a Leyden y a Bolonia algunos jóvenes con el objeto de que se perfeccionasen en diferentes ramos de las ciencias naturales. Uno de ellos era Mutis. A este tiempo el Exce-

1. Se publicó esta necrología en hoja suelta como alcance al número 37 del *Semanario*. (E. P.).

2. Con esta fecha, que es la exacta, apareció en el *Semanario*. En el libro del señor Acosta se puso 2 en vez de 11. Poseemos los pliegos —capillas— que sirvieron a dicho señor para corregir su obra, y allí también dice 11, bien que este número semeje un 2 en números romanos. De ahí sin duda que se cometiese ese yerro al hacer la impresión definitiva (E. P.).

lentísimo señor don Pedro Messía de la Zerda buscaba en Madrid un médico acreditado a quien confiar su salud en el dilatado viaje que iba a emprender para la América. Después de largas meditaciones y consultas, recayó la elección sobre el joven Mutis. Por una parte se le presentaba una carrera brillante y gloriosa; por la otra, una serie de trabajos, un país obscuro y colonial; muchos días balanceó en medio de la incertidumbre, y muchas semanas pasaron antes de resolverse. ¡Con qué complacencia hemos oído de su boca las razones que le obligaron a tomar el último partido! El silencio, la paz, los bosques de la América tuvieron más atractivo sobre su corazón que la grandeza y la pompa de las cortes de Europa. Un plan atrevido y sabio se presenta a sus ojos. Las selvas de la América, la soberbia vegetación de los trópicos y del Ecuador, la obscuridad y la ignorancia de las ricas producciones del Nuevo Continente, le resolvieron a recorrer y a examinar esta preciosa porción de la Monarquía. Aquel mundo, se decía, visitado rápidamente por Feuille, Plumier, Loefflin y otros botánicos, yace hasta hoy desconocido: sus riquezas son inmensas. ¡Qué campo tan vasto para inundar de conocimientos a la Europa, y para coronarme de gloria! En 1760 desembarcó en Cartagena de Indias, año para siempre memorable en los fastos de nuestros conocimientos, y año en que comenzaron a rayar las ciencias útiles sobre nuestro horizonte a coleccionar, y a describir sus amadas plantas. Establecido en esta capital, se consagró con todas sus fuerzas al reconocimiento de la vegetación de la cima de los Andes y al consuelo de los enfermos. Entonces estableció su correspondencia con el inmortal Linneo y con otros sabios de Europa; entonces remitió colecciones y diseños que le merecieron los elogios más lisonjeros³; entonces se le asoció a la Academia de Estokolmo y a otras sociedades de aquella parte del mundo. Deseoso de difundir sus conocimientos, tomó a su cargo la enseñanza de las matemáticas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de que obtuvo real aprobación. En aquella época se comenzó a oír en el Reino que la tierra giraba sobre su eje y alrededor del sol, y que se debía poner en el número de los planetas. ¡Cuántos disgustos le costó persuadirnos esta verdad

3. *In memoriam Josephi Coelestini Mutis, Americes summi botanici, qui historiam plantarum americanarum, imprimis palmarum pulcherrimam parat, et plurima nova huic opusculo communicavit. Lin. suppl. pag. 57. Nomen immortale quonulla aetas unquam delebit. Lin.*

...*In honorem sapientissimi viri (J. C. Mutis) qui jure merito botanicorum in America princeps salutatur, debetque etiam inter primates Europae collocari Cavanilles.*

capital en la astronomía! A pesar de la obstinación de nuestros padres, se formaron muchos jóvenes, y se difundieron los conocimientos astronómicos. Pero este sabio aguardaba ocasión más favorable para desplegar su celo por la ciencia de Tico y de Casini.

Provocado por el Virrey Zerda a regresar a la Península, se denegó, y resolvió morir entre nosotros: ¡tanto amaba a la América, sus selvas y su profunda tranquilidad!

Contemplando la naturaleza, elevaba su espíritu a su Autor, le adoraba, y se desprendía enteramente de la tierra. Para unirse más a El, recibió las órdenes sagradas en 1772. Desde aquella época fue un verdadero sacerdote de Dios y de la naturaleza. Divididos todos sus momentos entre la religión y las ciencias, fue un modelo de virtudes en la primera, y un sabio en las segundas.

Las fuerzas de un particular no eran suficientes para sostener sus grandes miras; era necesario el brazo del Soberano. Imploró la protección del augusto Carlos III, y halló en su seno paternal cuanto podía apetecer. Le creó Director de la Expedición Botánica del Reino en 1782, cargo que desempeñó y conservó hasta su muerte. ¡Qué campo tan glorioso y tan vasto se presentó a su celo infatigable! Reanimado con las libertades del Soberano, proyectó el grande y soberbio edificio de la *Flora de Bogotá*, obra inmensa, para cuya ejecución no alcanza la vida de un hombre solo. Comenzó por un centro oportuno para sus operaciones científicas. Mariquita le pareció que reunía todas las proporciones que buscaba. En efecto, situada esta ciudad al pie de los Andes de Quindío, en un valle fecundo y en las cercanías del Magdalena, le presentaba los vegetales de todas las temperaturas y de todos los niveles. Aquí formó los pintores, aquí colectó innumerables plantas, aquí se hizo una parte de las grandiosas láminas que no se pueden ver sin admiración, y que los sabios de Europa han comparado a las del célebre Smith; aquí escribió, y aquí desempeñó tantas comisiones del Gobierno y tantos otros objetos. Son muy estrechos los límites de este papel para decir lo que este sabio infatigable ejecutó en los siete años de su residencia en Mariquita.

El temperamento de aquella ciudad, unido a las tareas literarias, comenzaron a arruinar una salud tan preciosa, y resolvió trasladarse a la capital. En 1790 lo ejecutó, más por reconocer de nuevo y diseñar la vegetación elevada, que por restablecerse. En la espaciosa casa que le dio el Rey, estableció su expedición, y comenzó a coleccionar otra vez las plantas altas del Reino. Aquí se dedicó a dar la última mano a los trabajos comenzados en Mariquita, trabajos inmensos, para cuya conclusión no bastó el resto de sus días. Aquí

perfeccionó su obra favorita: la *Historia de los árboles de quina*; aquí comenzó otras muchas de que daremos cuenta al público en ocasión más favorable.

Podemos afirmar que ningún mortal ha conocido mejor el género *cinchona* y sus especies. En 1772 descubrió una de estas plantas preciosas en el monte de *Tena*, a seis leguas de esta capital. La envidia, la rivalidad podrán fascinar a los incautos y al público sobre el verdadero autor de este importante descubrimiento; pero su familia, los que hemos tenido la dicha de oírle y de ver las pruebas irrefragables en que se apoya la verdad de este hecho, no podemos dejar de admirar la modestia y el sufrimiento de este hombre virtuoso. Pero ya llegó el tiempo de que su familia desengañe al público, de que presente las pruebas victoriosas de su hallazgo, que responda a las injurias y haga callar a sus enemigos. El respeto que debíamos a nuestro Director, el precepto que teníamos de callar, nos han mantenido en un silencio forzado y doloroso. En un escrito que preparamos se desengañarán los envidiosos de su gloria, y los rivales del nombre de Mutis se arrepentirán más de una vez de haber lanzado tantas injurias contra este sabio pacífico y cristiano.

Apenas se aseguró de la legitimidad de la especie que había hallado, comenzó a solicitar otras. No paró aquí: las virtudes de cada una le llamaron toda su atención. Como médico las aplicó, y nos ha dejado los más preciosos descubrimientos para restablecer nuestra salud.

Poco contento con ser un botánico adocenado y nomenclador, llevó sus miras hacia la parte filosófica de esta ciencia. Él formó algunas familias, él halló secretos preciosos sobre la poligamia, y él ha introducido en la botánica, por caracteres invariables, la distinción de sus *apotelogammas*.

No se crea que Mutis solo puede figurar al lado de Linneo y de Jussieu: su alma grande abrazó también el cálculo, la astronomía y la física. Esta ciencia le debe un descubrimiento precioso. Algunos sabios europeos habían sospechado que la luna debía tener una influencia directa sobre las variaciones del barómetro, como la tiene sobre las aguas del Océano; pero mal situados, no pudieron decidir satisfactoriamente sobre este punto. Mutis, en el corazón de la zona ardiente, y a 4° 30' de latitud, ha llevado esta materia a tal punto de certidumbre, que ya no se puede dudar sin obstinación.

Este sabio recibió, en el Ministerio del Excelentísimo señor Marqués de Sonora, instrumentos astronómicos, y en 1802 erigió el Observatorio que hoy decora la capital, y en que ha tres años se

verifican todas las observaciones de que son capaces los instrumentos que posee.

El nos ha dejado manuscritos sobre las plantas, sobre la meteorología, sobre minas, un herbario que asciende a 20.000 plantas, más de 5.000 láminas de nuestras plantas, un semillero, una colección de maderas, de conchas, de minerales, de pieles y una serie de cuadros al óleo, en que están representados los animales del Nuevo Reino al natural y con sus propios colores. Si se realiza su última voluntad, si se llevan a efecto sus deseos, verá el Reino un museo en que renazcan las ciencias y los conocimientos útiles. He aquí un bosquejo de lo que fue Mutis como botánico, como naturalista, como físico y como astrónomo.

Su corazón, sus sentimientos y sus virtudes son demasiado notorios. El supo reunir la ciencia de Linneo a la de los santos. Nosotros apelamos al testimonio de los enfermos, de los pobres y de las personas virtuosas que le trataron de cerca. Su muerte fue preciosa a los ojos del Señor. Descansando sobre el testimonio de su conciencia, y sobre setenta y siete años de virtud, vio llegar su fin con tranquilidad. Sus últimos días se emplearon en organizar sus cosas temporales y en dar lecciones de virtud a su familia. Himnos, oraciones llenas de caridad y de unción fueron sus últimas acciones.

¡Alma grande de nuestro Director, recibe este primer testimonio de respeto y de amor que te consagra tu familia en el seno de las lágrimas y del dolor!

